

RUTH WARE

LA
MUJER
DEL
CAMAROTE 10



Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega

Título original: *The Woman in Cabin 10*

Ilustración de la cubierta: Alamy y Arcangel Images

Diseño de la ilustración: Alan Dingman

Copyright © Ruth Ware, 2016

*Publicado por primera vez por Harvill Secker, un sello editorial
de Penguin Random House*

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-796-4

Depósito legal: B-12.191-2017

1ª edición, junio de 2017

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

A Eleanor, con amor

En mi sueño, la chica iba a la deriva por las frías profundidades del mar del Norte, donde no llegaban los rayos del sol, lejos, muy lejos del batir de las olas y los graznidos de las gaviotas. Sus risueños ojos estaban blancos y henchidos de agua salada; la piel clara, llena de arrugas; la ropa, desgarrada por el roce con las rocas, se desintegraba, hecha jirones.

Sólo quedaba su largo pelo negro, que flotaba como frondas de algas oscuras, y se liaba en las conchas y en las redes de pesca, y aparecía en la orilla como madejas de cuerda deshilachada, lacio y sin vida, mientras el estruendo de las olas al romper en los guijarros me llenaba los oídos.

Al despertar sentí pavor. Tardé un rato en recordar dónde estaba, y aún más en darme cuenta de que el rugido que oía no formaba parte del sueño, sino que era real.

La habitación estaba a oscuras, con el mismo ambiente húmedo que en mi sueño, y cuando me incorporé y me quedé sentada noté un aire frío en la mejilla. Me pareció que el ruido provenía del cuarto de baño.

Un poco temblorosa, bajé de la cama. La puerta estaba cerrada, pero al dirigirme hacia allí el ruido se intensificó, y lo mismo hicieron los latidos de mi corazón. Me armé de valor y abrí la puerta de golpe. El ruido de la ducha invadía el reducido espacio, y busqué a tientas el interruptor. El cuarto de baño se iluminó, y entonces lo vi.

Escritas con letras de unos quince centímetros de alto, en el espejo empañado estaban las palabras: «NO TE METAS.»

PRIMERA PARTE

Viernes, 18 de septiembre

1

Lo primero que me hizo sospechar que pasaba algo raro fue despertar en la oscuridad y encontrarme a la gata tocándome la cara con la pata. Probablemente la noche anterior había olvidado cerrar la puerta de la cocina. El castigo por llegar a casa borracha.

—Vete —refunfuñé.

Delilah maulló y me empujó con la cabeza. Intenté hundir la cara en la almohada, pero ella seguía frotándose contra mi oreja, y al final me di la vuelta y la aparté sin contemplaciones.

Cayó al suelo y soltó un pequeño maullido de indignación, y yo me tapé la cabeza con el edredón. Pero, aun con la cabeza tapada, la oí arañar la base de la puerta haciéndola vibrar contra el marco.

La puerta estaba cerrada.

Me incorporé; de pronto, el corazón me latía muy deprisa. *Delilah* se subió a la cama e hizo un ruidito de alegría. La abracé contra el pecho para que se estuviera quieta y agucé el oído.

Tal vez había olvidado cerrar la puerta de la cocina, o apenas la había ajustado de un empujón, sin cerrarla del todo. Pero la puerta de mi dormitorio se abría hacia fuera, una peculiaridad del extraño diseño de mi apartamento. Era imposible que la gata se hubiera quedado encerrada por sus propios medios. Alguien tenía que haber cerrado la puerta.

Me quedé paralizada, sujetando el cuerpo cálido y jadeante de *Delilah* contra el pecho, e intenté oír algo.

Nada.

Y entonces, con gran alivio, se me ocurrió pensar que quizá estaba escondida debajo de mi cama y la había encerrado en el dormitorio yo misma al volver a casa. No recordaba haber cerrado la puerta de la habitación, pero cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho, sin darme cuenta, después de entrar. Sinceramente, todo lo ocurrido desde que había salido de la estación de metro estaba borroso en mi memoria. En el trayecto de regreso a casa había empezado a dolerme la cabeza, y ahora que se me estaba pasando el pánico volvía a notar aquel dolor en la base del cráneo. Tenía que dejar de beber entre semana. A los veintitantos años lo llevaba bien, pero ahora ya no me resultaba tan fácil como antes librarme de las resacas.

Delilah empezó a retorcerse en mis brazos, nerviosa, y a clavarme las uñas, así que la solté mientras alcanzaba la bata, me la ponía y me ataba el cinturón. Luego volví a coger a la gata con la intención de enviarla a la cocina.

Abrí la puerta del dormitorio y vi a un hombre allí plantado.

No vale la pena que trate de describirlo, porque, creedme, lo intenté unas veinticinco veces ante la policía. «¿Ni siquiera un poquito de piel de las muñecas?», me preguntaban. No, no y no. Llevaba puesta una capucha y una bandana que le tapaba la nariz y la boca, y yo no me había fijado en nada más. Excepto en las manos.

Llevaba unos guantes de látex. Ese detalle fue lo que me aterrorizó. Aquellos guantes decían: «Sé muy bien lo que hago.» Decían: «He venido preparado.» Decían: «Es posible que busque algo más que tu dinero.»

Ambos nos quedamos inmóviles durante un segundo que se me hizo eterno, cara a cara. Él clavaba sus ojos, brillantes, en los míos.

Me pasaron miles de pensamientos por la cabeza, a toda velocidad: ¿dónde demonios estaba mi teléfono? ¿Por qué había bebido tanto la noche anterior? Si hubiera estado sobria, lo habría oído entrar. Dios mío, ojalá Judah estuviera conmigo.

Y aquellos guantes, sobre todo. Madre mía, aquellos guantes. Eran tan profesionales. Tan asépticos.

No dije nada. No me moví. Me quedé quieta, con la raída bata abierta, temblando. *Delilah* se escurrió de mis manos quietas y echó a correr por el pasillo hacia la cocina.

«Por favor —pensé—. No me hagas daño, por favor.»

Por Dios, ¿dónde estaba mi teléfono?

Entonces vi que el hombre tenía algo en las manos. Mi bolso, mi bolso Burberry nuevo, aunque ese detalle parecía sumamente banal. El bolso sólo era importante por una cosa: mi móvil estaba dentro.

Entornó los ojos, lo que me hizo pensar que quizá estuviera sonriendo bajo la bandana, y noté que la sangre no me llegaba a la cabeza ni a los dedos, que se me acumulaba en el centro del cuerpo, preparándolo para luchar o huir, una de dos.

El hombre dio un paso adelante.

—No... —dije. Pretendía sonar autoritaria, pero lo que me salió fue una súplica, una voz débil, aguda, temblorosa y patética que revelaba miedo—. N-no...

Ni siquiera pude terminar la frase. El hombre me estampó la puerta del dormitorio en la cara, y recibí un fuerte golpe en el pómulo.

Me quedé un buen rato allí de pie, paralizada, con una mano en la mejilla, muda de espanto y de dolor. Tenía los dedos congelados, pero notaba algo caliente y húmedo en la cara y tardé un poco en advertir que era sangre y en comprender que la moldura de la puerta me había hecho un corte en la mejilla.

Me habría gustado volver corriendo a la cama, meter la cabeza debajo de la almohada y llorar sin parar. Pero dentro de mi cabeza una vocecilla desagradable decía una y otra vez: «Todavía está ahí fuera. ¿Y si vuelve? ¿Y si viene por tí?»

Se oyó un ruido en el pasillo, el ruido de algo al caer, y sentí una oleada de miedo que, en lugar de impulsarme a la acción, me paralizó. «No vuelvas. No vuelvas.» Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración y me obligué a expulsar el aire, una exhalación larga y temblorosa, y entonces, muy despacio, obligué a mi mano a ir hacia la puerta.

Se oyó otro ruido en el pasillo: cristales rotos; de repente, agarré el picaporte y me preparé, con los pies descalzos bien afian-

zados en la madera vieja y gastada del parquet, lista para aguantar la puerta cerrada todo el tiempo que pudiera. Me agaché y me quedé en cuclillas, con las rodillas contra el pecho, tratando de ahogar mis sollozos con la bata, mientras lo oía saquear el apartamento y rezaba para que *Delilah* hubiera salido al jardín y estuviera fuera de peligro.

Por fin, tras un rato que me pareció una eternidad, oí que se abría y se cerraba la puerta de la calle. Permanecí allí sentada, llorando, sin poder creer que de verdad se hubiera marchado, que no fuera a regresar para hacerme daño. Tenía las manos entumecidas, rígidas y doloridas, pero no me atrevía a soltar el picaporte.

Volví a ver aquellas manos fuertes enfundadas en unos guantes de látex blancuzcos.

No sé qué habría pasado a continuación. Quizá me hubiera quedado allí toda la noche, incapaz de moverme. Pero oí a *Delilah* fuera, maullando y arañando la puerta por el otro lado.

—*Delilah* —dije con voz ronca. Me temblaba tanto la voz que casi no la reconocía—. ¡*Delilah!*

La oí ronronear a través de la puerta, aquel ruido áspero tan familiar, aquel roce de motosierra, y fue como si se rompiera el hechizo.

Dejé que mis dedos, agarrotados, soltaran el picaporte y los flexioné varias veces; a continuación, me levanté, traté de detener el temblor de mis piernas, volví a asirlo y lo hice girar.

Giró. Giró con demasiada facilidad, de hecho, sin ofrecer ninguna resistencia y sin mover el pestillo ni un milímetro. El ladrón había extraído el eje desde el otro lado.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda. Estaba atrapada.

2

Tardé dos horas en salir del dormitorio. Como no tenía teléfono fijo, no podía llamar para pedir ayuda, y en la ventana había reja de seguridad. Rompí mi mejor lima de uñas forzando el pestillo, pero al final conseguí abrir la puerta y salir al estrecho pasillo. Mi apartamento sólo tiene tres habitaciones (una cocina, un dormitorio y un cuarto de baño diminuto) y desde la puerta de mi dormitorio alcanzas a verlas todas, pero no pude evitar asomarme a cada una de ellas, e incluso miré en el armario del recibidor, donde guardo el aspirador. Necesitaba asegurarme de que se había marchado.

Cuando subí los escalones hasta el portal de mi vecina, el corazón me latía a toda velocidad y me temblaban las manos. Mientras esperaba a que me abriera, no paraba de volver la cabeza y escudriñar la calle oscura. Había calculado que eran aproximadamente las cuatro de la madrugada, y tuve que aporrear la puerta un buen rato hasta que la desperté. Oí pisadas por la escalera y a la señora Johnson refunfuñando; cuando mi vecina abrió la puerta, dejando tan sólo un pequeño resquicio, su cara era una mezcla de sueño, confusión y temor, pero en cuanto me vio acurrucada en el umbral, en bata, con sangre en la cara y en las manos, su expresión cambió y retiró la cadenilla de la puerta.

—¡Madre mía! ¿Qué ha pasado?

—Me han entrado a robar.

Me costaba hablar. No sé si era por el frío otoñal o por la impresión, pero había comenzado a temblar de forma convulsiva y los dientes me castañeteaban tanto que tuve una imagen momentánea y espeluznante en la que se me rompía toda la dentadura. Ahuyenté ese pensamiento.

—Pero ¡si estás sangrando! —dijo mi vecina, muy angustiada—. ¡Válgame Dios, pasa, pasa!

Me guió hasta el salón con moqueta estampada de cachemir de su dúplex, una vivienda pequeña, oscura y exageradamente caldeada, pero que en ese momento me pareció un santuario.

—Siéntate, siéntate.

Señaló un sofá rojo y mullido, y entonces se arrodilló haciendo crujir las rodillas y empezó a manipular la chimenea de gas. Se oyó un «pum», y se encendieron las llamas, y noté que la temperatura aumentaba un grado mientras la mujer se levantaba con esfuerzo.

—Voy a prepararte una taza de té.

—No se moleste, señora Johnson, de verdad. ¿Cree que...?

Pero ella, seria, negó con la cabeza.

—Después de un buen susto no hay nada mejor que una taza de té dulce y calentito.

De modo que me senté, con las manos temblando entrelazadas alrededor de las rodillas, mientras mi vecina se afanaba en su pequeña cocina y volvía con dos tazas en una bandeja. Cogí la que me quedaba más cerca y bebí un sorbo, esbozando una mueca de dolor al tocar la taza caliente con un rasguño que tenía en la mano. El té estaba tan dulce que apenas reparé en el sabor de la sangre que se me estaba disolviendo en la boca, y supongo que fue mejor así.

La señora Johnson no se bebió el té: se quedó observándome, muy consternada y con la frente arrugada.

—¿Te ha...? —titubeó—. ¿Te ha hecho daño?

Sabía qué había querido decir. Negué con la cabeza, pero di otro sorbo abrasador antes de contestar. No estaba segura de poder hacerlo.

—No, no me ha tocado. Me ha golpeado con una puerta en la cara, por eso tengo este corte en la mejilla. Y luego me he hecho

daño en la mano intentando salir del dormitorio. Me ha dejado encerrada.

De pronto me vi hurgando en el pestillo con la lima de uñas y unas tijeras. Judah siempre me regañaba si no utilizaba las herramientas adecuadas para cada trabajo: cuando desatornillaba un enchufe con la punta de un cuchillo de cocina, o cuando quitaba el neumático de una bicicleta con una palita de jardín. El fin de semana anterior, sin ir más lejos, se había reído de mí porque había tratado de arreglar la alcachofa de la ducha con cinta aislante, y tuvo que pasarse toda una tarde reparándola concienzudamente con resina Epoxi. Pero estaba en Ucrania, así que de momento no podía pensar en él. Si pensaba en él, lloraría, y si empezaba a llorar, quizá ya nunca pudiera parar.

—¡Ay, pobrecita!

Tragué saliva.

—Señora Johnson, muchas gracias por el té, pero en realidad he venido a preguntarle si me dejaría usar el teléfono. El ladrón se ha llevado mi móvil, y no puedo llamar a la policía.

—Por supuesto, claro que sí. Bébetelo té, el teléfono está ahí.

Señaló una mesita auxiliar cubierta con un tapete donde había lo que era probable que fuera el último teléfono de disco de Londres, a excepción del que pudieran tener en alguna tienda *vintage* del barrio de Islington. Le hice caso y me acabé el té, y a continuación descolgué el auricular. Mi dedo índice se detuvo un instante sobre el 9, pero entonces suspiré. El hombre se había marchado. ¿Qué iba a hacer la policía? En realidad, aquello ya no era una emergencia.

Así que marqué el 101, el número para denuncias que no implicaban una emergencia, y esperé a que contestaran.

Y me puse a pensar en el seguro que no tenía, y en la cerradura reforzada que no había instalado, y en lo mal que había acabado la noche.

Seguía pensando en todo eso horas más tarde, mientras el cerrajero de emergencia cambiaba el pestillo cutre de la puerta principal por una cerradura en condiciones, y yo escuchaba su ser-

món sobre seguridad doméstica y sobre lo endeble que era mi puerta trasera.

—Este panel es de densidad media. Basta con una patada para echarlo abajo. ¿Quiere que se lo demuestre?

—No —me apresuré a contestar—. No, gracias. Ya lo haré cambiar. Usted no hace puertas, ¿verdad?

—No, pero tengo un amigo que sí. Antes de irme le daré su número de teléfono. Mientras tanto, pídale a su marido que clave un tablero de contrachapado de dieciocho milímetros como mínimo encima de ese panel. Supongo que no quiere que se repita lo de anoche.

—No —concedí. Ni muchísimo menos.

—Tengo un amigo policía que dice que una cuarta parte de los robos en viviendas son repeticiones: los mismos tipos vuelven para llevarse algo más.

—Genial —dije en voz baja. Justo lo que necesitaba oír.

—Dieciocho milímetros. ¿Quiere que se lo deje apuntado a su marido?

—No, gracias. No estoy casada.

Y, a pesar de tener ovarios, soy capaz de recordar un simple número de dos cifras.

—Ah, vale. Ahora lo entiendo —dijo, como si ese detalle demostrara algo—. Este marco tampoco es ninguna maravilla. Lo que necesita es una de esas barras de refuerzo. Si no, ya puede instalar la mejor cerradura del mundo, que si la arrancan del marco no sirve para nada. Tengo una en la furgoneta que quizá vaya bien. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí, las he visto —dije, cansada—. Es una pieza de metal que pasa por encima del cerrojo, ¿no?

Sospeché que el cerrajero intentaba sacarme todo el dinero que pudiera, pero a esas alturas no me importaba.

—Ya verá. —Se levantó y se guardó el escoplo en el bolsillo trasero—. Le instalaré la barra de refuerzo y clavaré un tablero de conglomerado en la puerta de atrás, todo gratis. En la furgoneta llevo uno del tamaño adecuado. Anímese, mujer. Le aseguro que, al menos por aquí, no volverá a entrar.

Por alguna razón, esas palabras no me tranquilizaron mucho.

Cuando se marchó, me preparé una taza de té y me paseé por el apartamento. Me sentía como *Delilah* el día que un gato callejero se coló por la gatera y se hizo pis en el pasillo; mi gata recorrió todas las habitaciones durante horas, frotándose contra los muebles y orinando en los rincones para recuperar su territorio.

Yo no fui tan lejos y no oriné en la cama, pero tenía la misma sensación de que habían invadido mi espacio, la misma necesidad de reclamar lo que habían violado. «¿Violado? —dijo una vocecilla sarcástica dentro de mi cabeza—. Por favor, qué melodramática eres.»

Pero sí, me sentía violada. Ya no me encontraba a gusto en el piso: me parecía sucio e inseguro. Contar a la policía lo ocurrido había sido un suplicio: sí, vi al ladrón; no, no puedo describirlo. ¿Qué había en el bolso? Bueno, lo típico, mi vida: dinero, el teléfono móvil, el carnet de conducir, medicinas, casi todo lo que necesito, desde el rímel hasta el bono de transporte público.

El tono enérgico e impersonal del operador de la comisaría de policía aún me resonaba en los oídos.

—¿Qué tipo de teléfono?

—No era muy valioso —respondí cansinamente—. Sólo era un iPhone viejo. No recuerdo el modelo, pero puedo buscarlo.

—Gracias. Cualquier detalle que recuerde, como el modelo exacto o el número de serie, podría ayudar. Y ha mencionado unos medicamentos. ¿Podría concretarme cuáles?

Me puse a la defensiva de inmediato.

—¿Qué tiene que ver mi historial médico con esto?

—Nada. —El operador mostraba una paciencia infinita, y eso me ponía nerviosa—. Sólo lo digo porque hay medicamentos que tienen cierto valor de reventa.

Sabía que la rabia que me estaban despertando sus preguntas era irracional: él sólo hacía su trabajo. Pero era el ladrón quien había cometido el delito. ¿Por qué tenía la impresión de que era a mí a quien interrogaban?

Cuando me dirigía al salón con mi taza de té llamaron a la puerta. En el silencio del apartamento, los golpes sonaron tan

amenazadores que tropecé, y luego me quedé quieta y encogida en el umbral.

Me asaltó la imagen aterrador de una cara encapuchada y unas manos enfundadas en unos guantes de látex.

Volvieron a llamar a la puerta, y entonces miré hacia abajo y me di cuenta de que la taza se me había caído de las manos y se había estrellado contra las baldosas del pasillo. Tenía los pies empapados de un líquido que iba enfriándose con rapidez.

Otra vez los golpes en la puerta.

—¡Un momento! —grité, enfadada y al borde de las lágrimas—. ¡Ya voy! ¿Quiere parar de golpear la maldita puerta?

—Lo siento, señorita —dijo el policía cuando por fin le abrí—. No sabía si me había oído. —Y entonces, al ver el charco de té y los fragmentos de la taza rota, añadió—: ¡Vaya! ¿Qué ha pasado? ¿Han entrado otra vez a robar? ¡Ja, ja, ja!

Ya era por la tarde cuando el agente acabó de redactar su informe, y, una vez que se marchó, encendí mi ordenador portátil. Lo tenía en el dormitorio en el momento del robo, era el único aparato que el ladrón no se había llevado. Aparte de mi trabajo, del que tenía muy pocas copias de seguridad, en él guardaba todas mis contraseñas, incluso (y me estremecí al pensarlo) un archivo que, por si fuera poco, había nombrado «cosas del banco». No contenía una lista de mis números pin, pero todo lo demás sí estaba allí.

Mientras el habitual aluvión de correos electrónicos caía en mi bandeja de entrada, vi uno con el asunto «¿piensas aparecer hoy ;)?», y, con un respingo, me di cuenta de que se me había olvidado por completo avisar a *Velocity*.

Iba a enviarles un correo, pero al final saqué el billete de veinte libras que guardaba para emergencias en una lata de té (por si tenía que coger un taxi y no llevaba dinero encima), y fui hasta la tienda cutre de móviles de la estación de metro. Tuve que regatear un poco, pero al final el dependiente me vendió un teléfono con tarjeta SIM de prepago por quince libras, y me senté en la cafetería de enfrente y llamé a la ayudante de edición de reportajes, Jenn, que se sienta a la mesa contigua a la mía.

Le conté lo que había pasado, aunque lo hice sonar más gracioso y más ridículo de lo que había sido en realidad. Insistí mucho en la imagen de mí misma intentando abrir la cerradura con una lima de uñas, y no le conté lo de los guantes ni le hablé de mi sensación general de terror e impotencia, ni de los espeluznantes y vívidos *flashbacks* que no paraban de acosarme.

—¡Qué fuerte! —Su voz, desde el otro extremo de la línea crepitante, delataba que estaba horrorizada—. ¿Estás bien?

—Sí, más o menos. Pero hoy no voy a ir a la oficina, tengo que ordenar el apartamento.

Aunque la verdad era que no estaba tan mal. El ladrón había sido encomiablemente pulcro. Al menos, para tratarse de un delincuente.

—¡Joder, Lo! ¡Qué palo! Oye, ¿quieres que busque a otro para que te cubra en lo de las Luces del Norte?

Estaba tan nerviosa que al principio me quedé con la mente en blanco. Luego empecé a recordar detalles concretos: el *Aurora Borealis*, un crucero *boutique* de superlujo que recorría los fiordos noruegos. De alguna manera (aún no sabía muy bien cómo), había tenido la suerte de hacerme con uno de los escasos pases de prensa de su viaje inaugural.

Aquello era una oportunidad enorme. Pese a trabajar para una revista de viajes, mi tarea consistía sobre todo en cortar y pegar comunicados de prensa y en buscar imágenes para artículos que me enviaba mi jefa, Rowan, desde parajes exóticos y sofisticados. En realidad, tendría que haber ido ella, pero por desgracia, cuando ya había dicho que sí, descubrió que el embarazo no le sentaba muy bien (tenía hiperémesis gravídica, por lo visto), y el crucero había ido a parar a mis manos como un gran regalo cargado de responsabilidad y posibilidades. Encargármelo a mí, cuando había empleados más veteranos a quienes Rowan podría haber hecho un favor, significaba un voto de confianza, y yo sabía que, si jugaba bien mis cartas en aquel viaje, tendría muchas más opciones cuando llegara el momento de competir por cubrir la baja de maternidad de Rowan, y quizá (sólo quizá) conseguir el ascenso que mi jefa llevaba años prometiéndome.

Además, era ese fin de semana. El domingo, en concreto. Me marchaba al cabo de dos días.

—No —contesté, y me sorprendió la firmeza con que lo había dicho—. No, no quiero pasárselo a nadie. Estoy bien.

—¿Estás segura? ¿Y tu pasaporte?

—Lo tenía en el dormitorio, el ladrón no lo encontró.

Gracias a Dios.

—¿Estás segura del todo? —insistió, y detecté preocupación en su voz—. Es un asunto importante, no sólo para ti, sino también para la revista. Si no te apetece, Rowan preferiría que...

—Estoy perfectamente —la interrumpí.

No pensaba permitir que se me escapara aquella oportunidad. Si la dejaba pasar, quizá no volviera a presentármela otra.

—Te lo prometo. Me apetece mucho hacerlo, Jenn.

—Vale, vale —concedió, casi a regañadientes—. Pues nada, a toda máquina, ¿eh? Esta mañana nos han enviado un dossier de prensa, te lo mando por mensajero junto con los billetes de tren. Tengo las notas de Rowan no sé dónde. Creo que lo fundamental es hacer un reportaje muy positivo que le dé mucho bombo a ese barco, porque Rowan confía en captarlos como anunciantes. Pero habrá algunos personajes interesantes entre los invitados, así que, si puedes hacer algo más, algún perfil o algo así, mucho mejor.

—Vale.

Cogí un bolígrafo del mostrador de la cafetería y empecé a tomar notas en una servilleta de papel.

—Recuérdame a qué hora sale.

—Tienes que coger el tren a las diez y media en King's Cross. Pero ya te lo pongo todo junto con el dossier de prensa.

—Perfecto. Gracias, Jenn.

—De nada —contestó ella. Me pareció que lo decía con cierta resignación, y me pregunté si habría abrigado esperanzas de ir en mi lugar—. Cuídate, Lo. Adiós.

Regresé a casa caminando despacio; aún no había anochecido del todo. Me dolían los pies y la mejilla, y quería llegar, prepararme un baño bien caliente y quedarme un buen rato allí.

La puerta de mi apartamento, en el sótano del edificio, estaba en sombras, como siempre, y volví a pensar que debía instalar una luz de seguridad, aunque sólo fuera para no tener que buscar las llaves a ciegas en el bolso; pero incluso en la penumbra vi la madera astillada alrededor de la cerradura, el sitio por donde el ladrón la había forzado. Lo milagroso era que yo no lo hubiera oído. «Bueno, qué esperabas, al fin y al cabo estabas borracha», dijo aquella vocecilla desagradable dentro de mi cabeza.

Pero la nueva cerradura de candado emitió un chasquido metálico muy tranquilizador cuando la abrí, y una vez dentro volví a cerrarla, me descalcé lanzando lejos los zapatos, recorrí el pasillo hasta el cuarto de baño, cansada, y reprimí un bostezo mientras abría los grifos y me sentaba en el váter para quitarme las medias. A continuación, empecé a desabrocharme la blusa. Pero entonces me detuve.

Suelo dejar la puerta del cuarto de baño abierta: estamos solas *Delilah* y yo, y las paredes tienden a coger humedad, porque el piso queda por debajo del nivel de la calle. Además, no me gustan los sitios cerrados, y el cuarto de baño se hace muy pequeño con la persiana de la ventana bajada. Pero, a pesar de que la puerta de la calle estaba cerrada con llave y la barra de refuerzo nueva en su sitio, comprobé la ventana y cerré la puerta con pestillo antes de seguir desnudándome.

Estaba cansada. Dios, estaba cansadísima. Imaginé que me quedaba dormida en la bañera, que resbalaba y me sumergía, y que al cabo de una semana Judah encontraba mi cadáver hinchado y desnudo. Me estremecí. Tenía que dejar de ser tan melodramática. La bañera sólo medía un metro veinte. Con lo que me costaba retorcerme para aclararme el pelo, dudaba mucho que pudiera ahogarme.

El agua estaba lo bastante caliente para que me escociera el corte de la mejilla. Cerré los ojos y traté de imaginarme en otro sitio, en algún lugar muy diferente de aquel cuarto angosto, frío y claustrofóbico, lejos de Londres, una ciudad sórdida y llena de delincuentes. Paseando por una fría playa nórdica, por ejemplo, escuchando el sonido balsámico del... ¿De qué mar? ¿Del Báltico?

Debo admitir que, para ser una periodista especializada en viajes, mis conocimientos de geografía son pésimos.

Pero seguían acosándome imágenes no deseadas. El cerrajero diciendo «una cuarta parte de los robos en viviendas son repeticiones». Yo, encogida de miedo en mi dormitorio, con los pies bien afianzados en el parquet. Unas manos fuertes enfundadas en unos guantes de látex blancuzcos, por los que se transparentaba el vello negro...

Mierda. ¡Mierda!

Abrí los ojos, pero esta vez el ejercicio de revisión de la realidad no me sirvió de nada. Sólo vi las paredes húmedas del cuarto de baño cerniéndose sobre mí, enclaustrándome...

«¡Se te va la pinza otra vez! —me chinchó mi vocecilla interna—. Te das cuenta, ¿verdad?»

Cállate. Cállate, cállate, cállate. Volví a cerrar los ojos, apreté los párpados y empecé a contar, despacio, obligando a las imágenes a salir de mi mente. «Uno. Dos. Tres. Inspira. Cuatro. Cinco. Seis. Espira. Uno. Dos. Tres. Inspira. Cuatro. Cinco. Seis. Espira.»

Al final las imágenes se retiraron, pero ya me habían estropeado el baño, y sentí una necesidad urgente de salir de aquel cuartito agobiante. Me levanté, me envolví con una toalla, me enrollé otra alrededor de la cabeza y fui al dormitorio. Mi portátil seguía encima de la cama.

Lo encendí, abrí Google y tecleé: «qué % robos repetición».

Cliqué al azar en uno de los enlaces que aparecieron y leí por encima hasta llegar a un párrafo que decía: «...ladrones reincidentes. Un estudio realizado a nivel nacional indica que, a lo largo de un período de 12 meses, entre el 25 y el 50 % de los robos son reincidencias; y entre el 25 y el 35 % de las víctimas lo son más de una vez. Según las cifras recogidas por las fuerzas policiales del Reino Unido, entre el 28 y el 51 % de los robos repetidos ocurren en el plazo de un mes, y entre el 11 y el 25% en el plazo de una semana».

Genial. Por lo visto, mi simpático y pesimista pitoniso, el cerrajero, estaba en lo cierto, y no me había tomado el pelo; aunque no acababa de entender que un 50 % de los robos fueran reincidencias pero sólo un 35 % de víctimas lo fueran más

de una vez. De todas formas, no me hacía ni pizca de gracia contarme entre ellas. Me había prometido a mí misma que esa noche no iba a beber, así que, después de comprobar la puerta de la calle, la puerta trasera, los cierres de las ventanas y la puerta de la calle por segunda o quizá hasta por tercera vez, y de poner a cargar el teléfono móvil al lado de la cama, me preparé una manzanilla.

Me la llevé al dormitorio junto con el ordenador, el dossier de prensa del viaje y un paquete de galletas integrales de chocolate. Sólo eran las ocho y no había cenado, pero de pronto me sentía agotada, demasiado cansada para cocinar, demasiado cansada hasta para llamar por teléfono y pedir comida. Abrí el dossier de prensa del crucero nórdico, me arrojé bien con el edredón y esperé a que el sueño acudiera a mí. Pero no vino. Me zampé el paquete entero de galletas mojándolas en la infusión y leí páginas y más páginas de datos y cifras sobre el *Aurora*. Sólo diez camarotes lujosamente equipados... Un máximo de veinte pasajeros... Tripulación escrupulosamente seleccionada, proveniente de los mejores hoteles y restaurantes del mundo... Ni siquiera las características técnicas del calado y el tonelaje del barco lograron que conciliara el sueño. Seguía despierta, destrozada y, aun así, en tensión.

Acurrucada en mi capullo, intentaba no pensar en el ladrón. Repasé con detenimiento todos los detalles que tendría que solucionar antes del domingo. Recoger las tarjetas de crédito nuevas. Hacer la maleta y documentarme para el viaje. ¿Vería a Jude antes de marcharme? Él intentaría llamarme a mi antiguo número de teléfono.

Dejé el dossier de prensa y abrí el correo electrónico.

«Hola, cielo», escribí, y entonces me detuve y me mordisqueé la esquina de una uña. ¿Qué podía decirle? No tenía sentido contarle lo del ladrón. Todavía no. Con eso sólo conseguiría hacer que se sintiera mal por no haber estado conmigo cuando lo necesitaba. «He perdido el teléfono —escribí—. Es una larga historia, ya te la contaré cuando vuelvas. Pero, si necesitas algo, mándame un correo, no me mandes mensajes al móvil. ¿A qué hora llegas el domingo? Yo tengo que ir a Hull temprano, por lo del crucero

nórdico ese. Espero que podamos vernos antes de marcharme. Si no, nos vemos el fin de semana que viene, ¿vale? Lo x.»

Pulsé «enviar» con la esperanza de que no le extrañara que estuviera mandando correos electrónicos a la una menos cuarto de la madrugada, y luego apagué el ordenador, cogí mi libro y me puse a leer para ver si me dormía.

No funcionó.

A las 3.35 h fui haciendo eses hasta la cocina, cogí la botella de ginebra y me preparé un gin-tonic tan cargado como mi cuerpo pudiera aceptarlo. Me lo bebí de un trago, como si me tomara un medicamento, a pesar de que su sabor amargo me hizo estremecer, y luego me preparé otro y me lo bebí también, éste más despacio. Esperé un momento; notaba el cosquilleo del alcohol por las venas, cómo me relajaba los músculos y me calmaba los nervios crispados.

Llené el vaso bien cargado por tercera vez y me lo llevé al dormitorio. Me tumbé en la cama, tensa y nerviosa, con la mirada clavada en la esfera reluciente del reloj, y esperé a que el alcohol surtiera efecto.

«Uno. Dos. Tres. Inspira. Cuatro... Cinco... Cin...»

No recuerdo haberme quedado dormida, pero supongo que en algún momento lo conseguí. Estaba mirando el reloj con ojos soñolientos y dolor de cabeza, esperando a que marcara las 4.44 h, y de pronto me encontré pestañeando ante la cara peluda de *Delilah*, que acercaba su hocico bigotudo a mi nariz tratando de decirme que era hora de desayunar. Gemí un poco. El dolor de cabeza del día anterior había empeorado, aunque no estaba segura de si procedía del pómulo o se trataba de otra resaca. El último vaso de gin-tonic estaba, mediado, en la mesita de noche, junto al despertador. Lo olfateé y estuve a punto de vomitar. Debía de tener dos tercios de ginebra. ¿En qué estaba pensando?

El despertador marcaba las 6.04 h, lo que significaba que había dormido menos de una hora y media, pero estaba despierta, y eso ya no podía remediarlo. Así que me levanté, descorrí las cortinas y escudriñé el amanecer grisáceo. Unos finos rayos de

sol conseguían llegar hasta mi ventana del sótano. Hacía un día frío y desapacible; me calcé las zapatillas y, temblando, recorrí el pasillo hasta llegar al termostato, dispuesta a cancelar el programador y encender la calefacción.

Como era sábado, no tenía que ir a trabajar; sin embargo, el papeleo que conllevaba asignar mi número de teléfono a un móvil nuevo y solicitar tarjetas de crédito nuevas me llevó casi todo el día, y por la noche estaba ebria de cansancio.

Me sentía casi peor que aquella vez que había vuelto de Tailandia vía Los Ángeles: una serie de vuelos de madrugada me dejaron hecha polvo por la falta de sueño y completamente desorientada. Llegó un momento, mientras sobrevolábamos el Atlántico, en que me di cuenta de que ya no podía dormir, de que era mejor desistir. Una vez en casa, me eché en la cama como si me lanzara a un pozo, me tiré de cabeza a la inconsciencia y dormí veintidós horas seguidas. Me desperté grogui y entumecida, con Judah aporreando la puerta con los periódicos del domingo.

Pero esta vez mi cama ya no era un refugio.

Necesitaba recomponerme antes de emprender ese viaje. Significaba una oportunidad valiosísima e irrepetible de demostrar mi valía tras diez años en el tajo del aburrido periodismo del corta y pega. Era mi ocasión de demostrar que podía conseguirlo: que yo, igual que Rowan, era capaz de establecer contactos, dar jabón a la gente y hacer que el nombre de *Velocity* apareciera entre los de los triunfadores. Y lord Bullmer, el dueño del *Aurora Borealis*, era sin ninguna duda un tipo de altos vuelos. Habría bastado un 1 % de su presupuesto para publicidad para mantener a flote *Velocity* durante meses, por no mencionar a todos los famosillos del mundo de los viajes y la fotografía que sin duda se contarían entre los invitados a ese viaje inaugural y cuyos nombres quedarían la mar de bien en nuestra portada.

No tenía previsto emplear una táctica agresiva con Bullmer durante la cena; no quería hacer nada tan burdo y comercial. Pero si conseguía añadir su número de teléfono a mi lista de contactos

y asegurarme de que, cuando lo llamara, él contestaría... Bueno, con eso habría dado un gran paso hacia mi ansiado ascenso.

Por la noche, mientras introducía de forma mecánica trozos de pizza congelada en mi boca hasta que me saqué y no pude continuar, retomé la lectura del dossier de prensa, pero las palabras y las imágenes danzaban ante mis ojos, y los adjetivos, borrosos, se confundían unos con otros: «*boutique*... rutilante... lujoso... artesanal... hecho a mano...».

Bostecé y solté la hoja, miré la hora y vi que eran más de las nueve. Ya podía acostarme, gracias a Dios. Mientras comprobaba y volvía a comprobar que todas las puertas estaban bien cerradas, pensé que la única ventaja de estar tan agotada era que hacía imposible que se repitiera lo de la noche anterior. Estaba tan exhausta que, aunque entrara un ladrón, lo más probable era que siguiera durmiendo.

A las 22.47 h me di cuenta de que me había equivocado.

A las 23.23 h me puse a llorar como una tonta.

¿Ya estaba? ¿Nunca más podría volver a dormir?

Tenía que dormir. Lo necesitaba. Había dormido... Conté con los dedos, incapaz de calcularlo mentalmente. Menos de cuatro horas en tres días.

Olía el sueño. Casi alcanzaba a tocarlo, pero se me escapaba. Necesitaba dormir. Como fuera. Si no conseguía dormir, me volvería loca.

De nuevo me brotaban las lágrimas, y ni siquiera sabía de qué eran. ¿Lágrimas de frustración? ¿De rabia contra mí misma o contra el ladrón? ¿O de simple agotamiento?

Lo único que sabía era que no lograba conciliar el sueño, que colgaba como una promesa incumplida a escasos centímetros de mí. Sentía como si corriera hacia un espejismo que no dejaba de alejarse, que se retiraba más deprisa cuanto más desesperadamente corría yo. O que era como un pez en el agua, algo que tenía que atrapar y sujetar, pero que seguía escurriéndose de mis dedos.

«Por favor, quiero dormir...»

Delilah volvió la cabeza hacia mí, sorprendida. ¿Lo había dicho en voz alta? Ya ni lo sabía. Se me estaba yendo la olla, joder.

De pronto vi una cara, unos ojos brillantes en la oscuridad.

Me incorporé. El corazón me latía con tanta fuerza que podía notar las pulsaciones en la parte trasera del cráneo.

Tenía que salir de allí.

Me levanté tambaleándome, medio en trance debido al agotamiento, y metí los pies en los zapatos y los brazos en las mangas del abrigo, encima del pijama. A continuación, cogí el bolso. Ya que no podía dormir, iría a dar un paseo. Iría a algún sitio. A cualquier sitio.

Si el sueño se resistía a venir hasta mí, iría yo a buscarlo.